

CAPÍTULO 1

ARANDO EL CAMPO

SHERWOOD es sólo mi segunda experiencia como pastor principal de una congregación. La primera fue en un pueblo de 17.000 personas en el Oeste Medio de USA, donde serví durante tres años. La iglesia era la más grande en la comunidad e históricamente de gran influencia. Después de casi una década de estar en declive, comenzamos a ver un nuevo nacimiento, nuevos miembros y nueva vida. Dios se estaba moviendo.

Al mismo tiempo, sentí que estaba librando una batalla para sobrevivir. Como en muchas iglesias, esta era una “posesión del diácono” —la junta de diáconos deseaba manejar la iglesia y trataban al pastor como a un empleado. Pero luego de algunas dificultades, pudimos apreciar que Dios estaba dándole la vuelta al viejo barco.

Había recibido repetidas solicitudes de la Iglesia Bautista Sherwood para que fuera su pastor, pero yo las había rechazado. Sentía que mi ministerio apenas estaba comenzando en esta iglesia y no deseaba cambiar de residencia. Por una parte mis hijas estaban muy pequeñas y no era bueno desarraigar a mi familia, y además, no quería ser uno de esos predicadores buscando cada tantos años “algo más grande y mejor”.

En Agosto de 1989 el fallecido Manley Beasley asistió como predicador invitado para domingo y lunes. Nunca había

conocido un hombre de tanta fe. Yo había leído y predicado acerca de vivir por fe, pero Manley era la personificación andante de esto. Había sobrevivido a enfermedades incurables y a un sinnúmero de problemas de salud. Cuando Manley habló, la gente lo escuchó.

"Cuando yo termine de predicar esta noche, sabrás si tu ministerio aquí habrá terminado".

Ese fin de semana compartí con Manley acerca de la iglesia y que a veces era como empujar una roca montaña arriba; sentía que mi autoridad estaba en constante desafío, y yo permanecía en guardia. El lunes por la noche,

antes de su sermón, Manley vino y me dijo, "Cuando yo termine de predicar esta noche, sabrás si tu ministerio aquí ha terminado". ¡Imagínate si no iba a colocar mi antena espiritual durante ese mensaje! (Le dije a mi esposa que estuviera atenta, porque a lo mejor tendríamos que empacar y salir del pueblo esa misma noche).

Volviendo a Isaías 6, Manley predicó un mensaje titulado "¿Quién Desea Ver la Gloria de Dios?" Fue uno de esos momentos de Dios en que puedes sentir la presencia del Señor a través del salón. Veinte años antes la iglesia había vivido un gran avivamiento y el mover de Dios. Seguramente este mensaje revolvería las brasas y se volvería a encender el fuego. ¿Quién no ha deseado ver la gloria de Dios, especialmente si ha hecho el esfuerzo de ir a la iglesia un lunes por la noche?

Cuando se hizo la invitación, pensé que nadie estaría en las bancas de la iglesia. Terri y yo inmediatamente fuimos al altar y comenzamos a orar. Sentía que otros habían pasado adelante, pero no estaba seguro de quién o cuántos. La invitación no duró mucho tiempo. Algunos minutos más tarde Manley se retiró de la plataforma, colocó su mano sobre mi hombro y dijo, "Ahora ya lo sabes".

Aunque era una multitud de cerca de 400 personas, las únicas personas en el altar fueron el personal de la iglesia y unos pocos miembros de la congregación. Los diáconos estaban sentados en sus asientos aparentemente inmóviles; los profesores de la escuela dominical parecían listos para partir. Cuando miré a la congregación, sus miradas eran fijas y ausentes —alineados en sus bancas, con caras pétreas y aparentemente indiferentes. Supe que todo había terminado; Dios me había liberado de ese ministerio.

Casi un mes después, el comité de búsqueda de Sherwood me llamó por cuarta vez a ver si reconsideraba su propuesta. Dios inmediatamente comenzó a darle un giro a mi corazón hacia Sherwood y nunca más volví a mirar hacia atrás. Me convertí en su pastor en diciembre de 1989. Sherwood no es perfecta, pero es la más grandiosa de las iglesias en las que he participado. He estado en una cantidad de iglesias de todas las formas y tamaños, dentro de la ciudad y en los suburbios, pero nunca he visto a la gente permitir que el Espíritu obre como lo hacen en Sherwood.

Esta jornada de fe no ha sido fácil, y no ha sucedido de la noche a la mañana. Estamos madurando como congregación pero manteniendo jóvenes nuestros corazones. Ha habido problemas; siempre los habrá, donde quiera que vayas. Las transiciones a veces parecen un choque de trenes; pero Dios ha sido soberano y fiel a través de todo, y he aprendido a confiar en Él en cada paso del camino.

Pies Fríos

Pero a decir verdad, casi no logro llegar a Sherwood. Durante el fin de semana en que iba a ser presentado a la congregación, comencé a tener otros pensamientos. Inclusive llegué a decirle al comité de búsqueda que podría predicar los domingos, pero que no estaba seguro de convertirme en su pastor. No

sé por qué se me enfriaron los pies. Seguramente porque Dios estaba destapando un asunto pendiente. Él quería que yo enfrentara algo —algo que era lo suficientemente serio y no podía esperar.

La primera señal del problema surgió cuando algunos de los líderes de la iglesia comenzaron a hacer chistes acerca de las discusiones y peleas que sucedían durante las largas reuniones de los diáconos. Siempre existe algo de cierto tras esta clase de humor, y realmente no estaba interesado en estar en una situación de la cual acababa de salir. Supe una cosa: Dios me había llamado para pastorear y liderar — ¡y no para ser árbitro!

En mi primera reunión de diáconos ya como pastor, el problema fue claro para mí. Toda la reunión consistía en revisar un documento que ellos llamaban el “diario del diácono”, que no era sino una recopilación de las compras de la iglesia, programas y reportes del comité. Funcionaban como un comité ejecutivo o un comité financiero, y así habían trabajado por años. Gastamos varios minutos discutiendo sobre tres cotizaciones para una aspiradora. Mientras pasaba la mirada por el salón, tuve el más extraño de los pensamientos: *Apuesto a que ninguno de estos tipos ha utilizado una aspiradora. Si quiero saber cuál aspiradora debo comprar, ¡yo le preguntaría a sus esposas!*

Llegué a la conclusión de que los diáconos eran hombres buenos y piadosos, pero estaban más apegados a la tradición que a las Escrituras a pesar de su papel de diáconos. Necesitaban ser bíblicos en su pensamiento. Les escuché hablar sobre los nudos en el estómago que les producían esas reuniones; no había alegría en su servicio. Tenían corazón para el ministerio, pero ninguno había mostrado un mejor modo para hacerlo. Necesitaban que los liberaran para servir de la forma que el Señor lo había diseñado en Hechos 6.

Así que en una de las primeras reuniones durante mi primer año, le anuncié un “golpe maestro” a los diáconos. Dije que era una locura para nosotros (1) opinar sobre dinero que ya se había gastado (2) actuar como un segundo comité financiero ó (3) ser reconocidos por discutir y pelear. Teníamos que cambiar la forma de manejar el ministerio y enfocarnos más en las viudas y en mantener la unidad de la iglesia.

Le anuncié un “golpe maestro” a los diáconos...íbamos a cambiar la forma de hacer el ministerio.

Afortunadamente, los diáconos comprendieron lo que estaba tratando de hacer y estaban dispuestos a arriesgarse con su nuevo pastor. Ellos tenían gran respeto por la autoridad pastoral y estaban dispuestos (algunos de mala gana) a hacer el ensayo.

Fue uno de los momentos decisivos para la iglesia. Descubrimos que lo que dice Hechos 6 todavía funciona. Somos la prueba viviente de que una iglesia puede funcionar, crecer y ministrar en el siglo XXI, usando el modelo del primer siglo.

Cambios Organizacionales

Una vez que reformamos el ministerio de los diáconos, comenzamos a reacomodar la organización. La iglesia tenía más de sesenta comités, pero carecía de una dirección con propósito. Había gente “sirviendo” en los comités que ¡ni siquiera conocían! Era el clásico ejemplo de la organización que se derrumba por falta de liderazgo. (La iglesia había permanecido sin un pastor principal por algún tiempo). No era algo intencional, pero la fuerza de una iglesia sube o decae de acuerdo con el liderazgo. Si un ministerio funciona por su cuenta, no puede crecer sin dirección.

Comenzamos por eliminar comités que no nos ayudaban a lograr el propósito, visión o misión de la iglesia. Al cabo de tres años recortamos los comités de setenta y dos a dos. Si un comité no se había reunido en un año, se eliminaba.

Actualmente no tenemos comités; tenemos equipos de ministerio. Tenemos líderes laicos que sirven en el equipo financiero y nos ayudan a administrar el presupuesto. El equipo de recursos humanos es el mediador de nuestro personal. Trabajan mano a mano conmigo y con nuestro pastor ejecutivo. Cuando es necesario formamos una fuerza de trabajo que se reúne con un propósito específico y se desintegra cuando se completa la tarea. Esto nos ha permitido contar con personas que están llenas de propósito y pasión en ciertas áreas en las cuales poseen grandes talentos. También mantiene la estructura de la iglesia funcionando con fluidez, de manera que podamos responder rápidamente a nuevas situaciones y retos.

Alan Redpath, dijo, “No hay avivamiento posible en una comunidad sin tener que pagar un precio”¹ y perdimos a algunas personas cuando realizamos esos cambios. Querían que la iglesia funcionara como una empresa y deseaban tener el control. Pero la iglesia no es el lugar para el poder en la carne y el control humano; es el barco para el poder y la presencia del Espíritu Santo.

Las Guerras de Adoración

Otra montaña que enfrentamos fue la comúnmente llamada, “guerras de adoración” (aunque me parece que utilizar “adoración” y “guerras”, en la misma oración es una negación de lo que realmente es la adoración. Me encantaba nuestra alabanza en Sherwood pero teníamos que hacer algunos cambios en nuestro estilo sin comprometer la verdad bíblica. Queríamos llegar a nuestra comunidad, y tú no puedes llegar

a una comunidad que es predominantemente afroamericana con música de alabanza sureña.

Si íbamos a llegar a nuestro “Jerusalén” necesitábamos avanzar con nuestra música y adoración. Dios nos estaba llamando a ser una iglesia multi generacional y multirracial. Tuvimos que ajustarnos para hacer esto de una manera efectiva y era claro que teníamos que hacer algo más que ponerlos a todos “revueltos” en el servicio. No fue un cambio radical. No abandonamos nuestros himnos; solamente añadimos algunos coros y promovimos más libertad en la adoración.

Yo también empecé a enseñar acerca de la adoración. Comenzamos a enseñarle al coro que la adoración no era una presentación de talentos para la multitud sino que ésta significaba glorificar a Dios y exaltar su nombre. Le dije a la congregación que ya que todos teníamos preferencias en cuanto a la música, podríamos llegar a ser culpables de alabar más nuestras preferencias que a Dios. Sólo porque a mí me gusta algo, no significa que esto honre a Dios. La verdadera adoración realmente no tiene nada que ver con estilos y preferencias. A.W. Tozer escribió, “Un esfuerzo para cerrar el abismo entre el corazón que lo adora y Dios, es la adoración”.

Esta transición no fue fácil, pero lo hicimos sin dividirnos y sin perder la mitad de la iglesia. A algunas personas no les gustaban los coros, aunque la mayoría eran versículos de las Escrituras puestos en canciones. A otros no les gustaron los cambios en la alabanza inicialmente, pero dejaron de lado su “yo” y confiaron en el liderazgo de la iglesia. Uno de nuestros miembros dijo, “Fue difícil hacer ese cambio. No era que no nos gustara, solamente que no estábamos acostumbrados a ello”.

Estábamos aprendiendo cómo adorar. Es más, también cómo orar. Estábamos aprendiendo lo que significaba ser

una iglesia que glorifica a Dios. No habíamos llegado pero estábamos más lejos en el camino que cuando habíamos comenzado. Habíamos aprendido que la adoración no era “himnos vs. coros”. No era un asunto de mi forma contra la tuya. No era un asunto de trucos, manipulación o coerción. Adoración es un asunto del corazón.

*La adoración no es un asunto
de himnos contra coros.
La adoración es un
asunto del corazón.*

Sherwood no es una iglesia perfecta. Sin embargo, hemos tenido predicadores y visitantes de todo el país, y todos ellos dicen lo mismo: “Hay algo especial en este lugar. Se puede sentir el Espíritu de Dios aquí”. ¿No esto

lo que todos queremos? Tal como la lluvia, necesitamos agua refrescante del cielo. Necesitamos ser lavados de nuestras dudas y temores. Necesitamos empaparnos del conocimiento permanente de Su gracia, gloria y poder.

Mientras estábamos haciendo todos estos cambios, Don Miller, un gran guerrero de oración, vino a Sherwood para darnos cuatro días de conferencia sobre la oración. Cada noche de conferencia la iglesia estuvo repleta. Una noche Don y su esposa Libby, vinieron a nuestra casa después del servicio. Estábamos sentados en la sala cuando Don preguntó, “¿Michael, estás listo para perder 800 personas para ver a Dios realmente obrando en esta iglesia?”.

Pensado que esto nunca ocurriría, respondí casi con ligereza, “Sí, haría lo que fuera por ver la obra de Dios en esta iglesia”. Mejor dicho, mira, ¿a quién se le ha ocurrido que “la puerta de atrás” sea un camino hacia el avivamiento?

¡No había manera en que pudiéramos perder 800 personas!

¡Ni me lo imaginaba!



Iglesia Bautista Sherwood.